

Žižek, Laclau, Badiou. Tres perspectivas convergentes en torno al concepto de sujeto político

Roque Farrán (UNC-CONICET)

Voy a trabajar las diferencias y convergencias que encuentro entre estos autores en relación al concepto de sujeto político, simultáneamente, en un breve despliegue de sus respectivos sistemas teóricos y en relación a tres tópicos fundamentales: (1) la ontología de lo real, (2) la representación parcial y (3) la retroactividad temporal de la subjetivación.

I. Ontología de lo Real o de la incompletitud de lo Simbólico

Estos tres autores coinciden, a grandes rasgos, en considerar que tanto el análisis del discurso como la crítica ideológica parten desde una posición intrínseca al mismo orden simbólico y no, por ejemplo, desde una exterioridad neutra o trascendental. Ninguno de ellos cae en la ingenuidad de intentar captar un punto de referencia objetivo más allá del orden simbólico en el que se constituye lo discursivo. Como tampoco sucumben al relativismo posmoderno, según el cual toda –y cualquier– posición sería sostenible. De este modo conciben a la imposibilidad de cierre del orden simbólico como algo constitutivo al mismo, es decir, en su dimensión propiamente ontológica y no como una mera limitación epistemológica. Encontraremos por ello que términos como “brecha”, “falla”, “exceso”, “corte”, “sutura”, etc. vienen a dar cuenta de cierta orientación posible en las intervenciones contemporáneas: *no todo da lo mismo*. No obstante estas coincidencias, sus niveles de análisis y puntos de intervención son bien distintos. Mientras Laclau trabaja específicamente sobre la teoría política y las ciencias sociales, tomando algunos elementos del psicoanálisis, pero sobre todo de la retórica y la lingüística; Žižek en cambio interviene más bien en el amplio espectro político-cultural y de manera más acotada en el campo filosófico, tomando también elementos del psicoanálisis, las ciencias y la crítica cultural; por último, Badiou aborda directamente problemas filosóficos y ontológicos propiamente dichos, discutiendo extensamente conceptos filosóficos clásicos con autores de la tradición (Platón, Kant, Hegel, Heidegger), tomando elementos de las matemáticas, la lógica, el psicoanálisis, etc.

Por otra parte, tanto Badiou como Žižek comparten la recuperación del “materialismo dialéctico” como filosofía crítica; en el sentido que le otorgaba Althusser¹, por ejemplo, al afirmar que la filosofía debía ser pensada como el desplazamiento de la “lucha de clases” o el “antagonismo” en la teoría misma. La *práctica de la teoría* sería entonces, bajo esta perspectiva, mostrar una y otra vez en todos los ámbitos de pensamiento posibles y bajo diferentes variaciones conceptuales, la brecha por donde atraviesa y contamina el antagonismo constitutivo los dos términos positivos de una oposición naturalizada: una ideología que niega su propio fundamento contingente. Sustituir, así, la oposición clara y diferenciada, justificada desde un marco ideológico determinado, por la *heterogeneidad* irreductible que lo constituye. Encontramos aquí una pequeña variación con Laclau. Si bien este autor también coincide con este modo de entender la composición del campo ideológico, al circunscribirse más al área de fundamentación de una filosofía política, su elaboración teórica parece dirigirse exclusivamente a describir y prescribir la lógica de constitución de un sujeto político. Esto quizás sea efecto del grado de amplitud y heterogeneidad que cada autor se permita articular en sus elaboraciones teóricas. Desde mi punto de vista, de índole lacaniana, como el sujeto no puede ser definido a priori sino que se pone en juego en cada situación singular (con su lenguaje y medios simbólicos propios), la *materialidad* de este concepto se expresa en el anudamiento de registros heterogéneos imposibles de prescribir –sigo aquí la formulación lacaniana del nudo borromeo donde se articulan los tres registros de

la experiencia: Real (vida/indiscernible), Simbólico (lenguaje/muerte) e Imaginario (cuerpo/representación).

Para Badiou la ideología hegemónica en la actualidad es el materialismo democrático, para el cual solo existen cuerpos y lenguajes. Aunque se pretenda plural el materialismo democrático es fundamentalmente un dualismo, pues se atiene sólo a esos dos registros de la experiencia (cuerpos y lenguajes). Así lo expresa Badiou en su última gran obra *Lógicas de los mundos*:

Admitamos que por “dialéctica”, en la línea directa de Hegel, se comprenda que la esencia de toda diferencia es el tercer término que marca la distancia entre los otros dos. Entonces es legítimo contraponer al materialismo democrático, esa soberanía del Dos (cuerpos y lenguajes), una dialéctica materialista, si por “dialéctica materialista” se entiende el siguiente enunciado, en el que el Tres suplementa a la realidad del Dos: *No hay más que cuerpos y lenguajes, sino que hay verdades.*ⁱⁱ

Vemos que Badiou no postula una oposición externa sino una excepción inmanente a la ideología dominante; es lo que está implicado bajo el forzamiento gramatical del “sino que”. No hay salida de la ideología (ocultar la determinación ideológica de todo discurso es la operación ideológica por excelencia), pero, si nombramos el tercero excluido, podemos cortar las oposiciones binarias naturalizadas y retrazar las diferencias. Esta simple afirmación: “hay verdades” es de principio en Badiou y objeta el axioma del materialismo democrático: “la ley protege todos los cuerpos, dispuestos bajo todos los lenguajes compatibles”. Badiou se desmarca no obstante de cualquier idea de síntesis, pues las verdades son heterogéneas, no reductibles a una combinación de cuerpos y lenguajes; por otro lado son materiales, se producen en nuestro mundo y no en alguna “altura trascendental” o “reino de las ideas”.

Otra variante del materialismo democrático es: *No hay más que individuos y comunidades*. A lo que la dialéctica materialista responde: *En la medida que lo es de una verdad, un sujeto se sustrae a toda comunidad y destruye toda individuación.*ⁱⁱⁱ

En un sentido más claramente político, así lo expone Žižek comentando a Badiou:

That is to say, the hegemonic ideological field imposes on us a field of (ideological) visibility with its own “principal contradiction” (today, it is the opposition of market-freedom-democracy and fundamentalist-terrorist-totalitarianism -“Islamofascism” etc.), and the first thing to do is to reject (to subtract from) this opposition, to perceive it as a false opposition destined to obfuscate the true line of division.^{iv}

El campo ideológico dominante configura su propio antagonismo de manera tal que se tornen claramente visibles y objetivables los enemigos; por el contrario, la operación que debe formular la dialéctica materialista es *sustraerse* a esta distinción basada en el lenguaje de la situación y retrazar las diferencias mostrando, por ejemplo, que terrorismo y democracia-de-libre-mercado son dos caras complementarias de lo mismo, y que la tercera opción excluida aquí son las políticas emancipatorias (comunistas). Estas son las políticas que hay que pensar, que hay que inventar y que no están dadas en la situación.

Voy a esbozar brevemente el planteo teórico de cada uno de nuestros autores.

1. a. Žižek

En *Visión de paralaje* Žižek nos presenta su perspectiva del materialismo dialéctico distinguiéndola de la concepción *New Age* de la “polaridad de los opuestos” (yin y yang, etc.), para ello –dice– hay que poner en primer lugar la idea de tensión inherente, brecha, no coincidencia del Uno consigo mismo^v. Para introducir un mínimo de orden conceptual en la diversidad de campos donde se puede presentar una brecha de paralaje, se atiene a tres modos principales de presentación: el filosófico (donde discute con Kant la diferencia entre fenómeno y noúmeno, y con Heidegger la diferencia óntico-ontológica, en términos de

paralaje), el científico (en los que sigue los planteos neurocognitivos actuales sobre la “tercera persona”) y el político (el tópico clásico de la “lucha de clases” tomada como antagonismo constitutivo de lo social). La definición simple de paralaje es la de un aparente desplazamiento de un objeto causado por un cambio de posición del observador. Lo que señala Žižek aquí es que no se trata simplemente de una cuestión perspectivista (lo “mismo” visto desde distintos puntos de vista), sino que la naturaleza ontológica misma del objeto cambia con el desplazamiento: la brecha entre un punto y otro es lo *real* del objeto, y no una supuesta sustancia inmutable que se encontraría por detrás de las apariencias. La tarea filosófica (y política) que delinea Žižek a partir de este concepto, es la de circular y atravesar los intersticios discursivos señalando, una y otra vez, la dislocación interna sobre la que se fundan las objetivaciones discursivas.

I. b. Badiou

Mientras Žižek trabaja lo *real* a partir de la brecha de paralaje, Badiou lo hace a partir del concepto matematizado de sujeto, recurriendo a las elaboraciones matemáticas de Paul Cohen: el *múltiple genérico* y el *forzamiento*^{vi}. Al interpretar filosóficamente esta técnica matemática, Badiou muestra cómo el sujeto es, de alguna manera, el trayecto o desplazamiento finito entre una situación (estructura) y su propia extensión genérica, es decir: la situación más lo indiscernible en ella: su verdad suplementaria. Este movimiento de paralaje, por el cual la misma situación habrá cambiado, habrá devenido otra, es el *forzamiento*. La verificación de los enunciados que nombran la adjunción de una extensión queda sujeta así a la continuidad de la apertura y al azar de nuevos encuentros, en tanto las nuevas nominaciones se refieren a lo que no existe en situación pero sí en la extensión genérica que incluye lo in-contado. Ahora bien, como la verdad es infinita “no toda” puede decirse, lo cual define un límite intrínseco al lenguaje mismo y no un exterior trascendental o una idea regulativa kantiana. En el momento en que un saber se cierra y se hipostasian sus términos y referencias (como sucedió con el marxismo), la verdad se extravía, deviene omnipotente y desastrosa.

Para Badiou la matemática es la ontología, justamente, porque indaga el domino de lo múltiple puro, inconsistente, sin recurrir a estructuras lingüísticas que permitan discernir y clasificar lo que hay. En este sentido, sigue la indicación lacaniana “la matemática es ciencia de lo real”. Sin embargo, las matemáticas sólo le brindan una matriz para generar conceptos acerca del ser (vacío, infinito, naturaleza, etc.), y para Badiou es tanto o más importante pensar el acontecimiento, el sujeto y la verdad que no pertenecen al orden del ser-en-tanto-ser; por ello elabora una compleja trama interdiscursiva que conecta el orden del ser con el orden de lo que aún-no-es pero puede advenir a la existencia a partir de anticipaciones y retroacciones. Hay múltiples operadores conceptuales que trabajan sobre la nominación de lo indiscernible. Operadores inventados en distintos procedimientos genéricos de verdad que, según Badiou, serían cuatro: arte, política, ciencia y amor. El régimen de circulación y de intervención del dispositivo filosófico badiouano puede considerarse mucho más amplio y heteróclito –aunque no esencialmente diferente– que el de los otros dos autores considerados, pues se ha tomado el trabajo de elaborar, minuciosamente, en numerosos libros sobre arte, política, ciencia y psicoanálisis aquello que es *composable* entre estos diferentes procedimientos genéricos, variando incesantemente los operadores conceptuales.

I. c. Laclau

Laclau, para desplegar su teoría sobre lo político recurre, en cambio, a una ontología lingüística en la cual las objetividades e identidades se constituyen en relaciones diferenciales y equivalenciales. El hecho de que los objetos y los sujetos se definan posicionalmente al interior de un sistema de diferencias, sigue la desustancialización general de la referencia que efectúa el giro lingüístico en filosofía. El esquema teórico de Laclau se basa en sostener la

simultánea necesidad e imposibilidad de una representación de la totalidad social; o lo que es lo mismo: de un cierre definitivo del orden simbólico. Puesto que las identidades son definidas como posiciones diferenciales (siguiendo aquí la definición saussuriana del significante como mera diferencia opositiva respecto de los demás significantes), le es necesario postular un límite que ponga cota a la pura dispersión y posibilite la significación, pero, a su vez, para definir un límite es necesario fijar un más allá del límite (ficcional), este será el exterior constitutivo del sistema de las diferencias particulares. Ahora bien, tal exterior deberá ser una vez más una diferencia, pues en esta ontología no hay más que puras diferencias, no hay identidades positivas/sustanciales, y para no confundirse con las diferencias internas deberá ser entonces una diferencia aún más radical (sin rasgos particulares: genérica). Y así, con respecto a este exterior constitutivo heterogéneo, todas las posiciones particulares diferenciales serán equivalentes. En esta dualidad de la identidad inestable definida entre la lógica de las diferencias y la lógica de la equivalencia se juega el antagonismo constitutivo del orden social. El antagonismo político (lo *propriadamente* político) emerge así de la tensión generada por la simultánea necesidad/imposibilidad de cierre del orden social. La imposibilidad de una identidad fija plenamente instituida y la necesidad, no obstante, de constituir identidades parciales. La *parcialidad* de las identidades políticas configuran la lógica de la “articulación hegemónica” (la parte por el todo) que, según Laclau, sigue la misma lógica del concepto (*matema*) del *objeto a* en la teoría lacaniana.

Por si no está claro el uso de la retórica en la ontología lingüística de Laclau, así lo expresa él mismo al referirse a la importancia de una obra como la de Paul De Man [cursivas RF]:

Ya están lejos los tiempos en los que la transparencia de los actores sociales, de los procesos de representación, incluso de las presuntas lógicas subyacentes al tejido social, podría ser aceptada de manera no problemática. Por el contrario, cada institución política, cada categoría de análisis político, se nos presenta hoy día como el *locus* de juegos de lenguajes indecibles. El carácter sobredeterminado de toda diferencia o identidad política *abre el espacio de un movimiento topológico generalizado* y revela así cuán fructífero resulta el proyecto intelectual de De Man para el análisis ideológico y político.^{vii}

Laclau se sirve no sólo de la lingüística, la retórica y el psicoanálisis sino que incluso apela a la mística occidental (Eckhart) para enriquecer conceptualmente su teoría de la hegemonía. En el caso de Laclau, a diferencia de Badiou, se puede seguir más claramente la repetición de sus categorías de análisis (lógica de la diferencia y de la equivalencia, antagonismo, etc.).

II. El estatus parcial del representante de la representación

En el seminario XII “Problemas cruciales del Psicoanálisis” del 19 de mayo de 1965 Lacan habla sobre el papel del representante (sujeto) en el lugar de la representación (imposible). Antes muestra la diferencia con respecto a la representación del mundo previa al psicoanálisis [cursivas RF].

El mundo del que se trata no ha sido jamás aprehensible más que como formando parte de un saber...y la representación no es más que un término que sirve de caución al engaño de ese saber. El hombre mismo fue fabricado...a la medida de esos engaños. Está claro que no podría ser excluido de esta representación si continuamos haciendo de esta representación la caución de ese mundo. *Pero se trata del sujeto y para nosotros el sujeto en la medida justamente en que puede ser inconsciente no es representación <sino>...el representante (“Repräsentanz”) de la “Vorstellung” [representación]. Está en el lugar*

de la “*Vorstellung*” que falta; ese es el sentido del término freudiano de “*Vorstellungsrepresentanz*”.

Freud había utilizado este término de problemática traducción para referirse a la pulsión en tanto concepto límite entre dos ordenes heterogéneos: psique y soma. Desde una perspectiva ontológica y discursiva distinta podríamos replantear –siguiendo a Lacan– esta heterogeneidad de registros haciéndola pasar, ahora, *entre* significativo y significado; he allí lo *real* de la pulsión no siendo ni uno ni otro, o siendo uno y otro a la vez, entrelazándolos. La dimensión de la falta (significante), es decir, de la representación total imposible, inaugura la serie de representantes (sujetos) que vendrán a ocupar la función de representación de manera contingente y provisoria (significados). La tensión (y torsión) generada por *una parte* que viene al lugar de la totalidad imposible da cuenta de lo real (antagonismo) en juego. Por eso no se trata aquí, en estas formulaciones, de meros juegos plurales de lenguaje o de la predominancia formalista de una “lógica del significativo”, sino de la tensión y antagonismo generados por la imposibilidad de articulación definitiva de los tres registros y, por consiguiente, de su anudamiento contingente siempre precario: reencontrado y vuelto a perder. La torsión constitutiva del espacio social, por la cual se despliegan en sucesivos y retroactivos movimientos complejos las identidades políticas, no es para estos autores un mero juego de lenguaje, da cuenta de lo *real* en juego (define su materialismo intrínseco). De allí sus diferencias con las perspectivas políticas de índole consensualista o multiculturalista, por ejemplo, para las cuales la pluralidad no da cuenta de ningún *real*.

Acertadamente Žižek enfatiza el *doble* estatuto paradójico del *objeto a* como objeto causa de deseo y como objeto de la pulsión (plus de goce). Mientras que en relación al deseo (1) el objeto es tematizado como un vacío que los distintos semblantes (heces, voz, pecho, etc.) vienen a llenar sustitutiva y metonímicamente; en relación a la pulsión (2) el *objeto a* ya no es el objeto perdido sino la *pérdida* misma “en el desplazamiento de deseo a pulsión, pasamos de *objeto perdido* a la *pérdida en sí misma como un objeto*”. También podríamos decir, desplazándonos a un terreno más epistemológico, que pasamos del concepto de falta de objeto al objeto en falta de concepto.

Es decir, el extraño movimiento llamado “pulsión” no está dirigido a la búsqueda “imposible” del objeto perdido, sino que es un impulso para poner directamente en acto la “pérdida” misma: la brecha, el corte, la distancia. Existe, por lo tanto, una *doble* distinción que debe ser trazada aquí: no sólo entre *objeto a* en su estatus fantasmático [heces, voz, pecho, etc.] y posfantasmático [vacío, objeto perdido], sino también, dentro de este propio dominio posfantasmático, entre el perdido objeto-*causa* de deseo y el objeto-*pérdida* de pulsión.^{viii}

Luego Žižek sigue la distinción postulada por J. A. Miller entre ausencia y agujero. Si la ausencia designa un vacío dentro de un espacio determinado (un orden simbólico reglado), el agujero es aún más radical: se trata de una ruptura que desfonda cualquier espacio posible (donde se quiebra el mismo orden simbólico). Entonces, mientras el deseo se constituye en relación a una ausencia bien delimitada (enmarcada), la pulsión gira como un torbellino sobre un agujero (la analogía con el “agujero negro” de la física teórica es recurrente).

Otra vez podemos delimitar: (1) *la lógica del juego significativo* de sustitución metafórica y desplazamiento metonímico en torno a una ausencia o vacío (el lugar vacío del universal), (2) de *la brecha real* que marca el mismo movimiento pulsional en torno a un agujero, es decir: *no todas* las posiciones de sujetos (no todas las luchas al interior del sistema socio-simbólico) son capaces de dar cuenta del antagonismo constitutivo y del (corto)circuito pulsional (de la curvatura del espacio social). Sólo aquellas posiciones limítrofes pero internas al sistema, que soportan la máxima exclusión del espacio social reglado, pueden generar un

efecto equivalencial extendido que rompa con la lógica distributiva y normalizadora de las diferencias intra-sistémicas. Esta sería la breve conclusión que podemos extraer del cruce de las elaboraciones zizekianas y laclauianas, más allá de sus diferencias particulares.

El problema que se suscita ahora es cómo identificar esas posiciones y luchas que subvierten verdaderamente el orden social; y, de manera correlativa, si le corresponde al teórico, o no, delimitarlas en su singularidad. Es en este punto donde la complejidad y heterogeneidad del sistema badiouano quizás nos permite ser más cautos.

III. La temporalidad retroactiva en que se constituye un sujeto

La idea de temporalidad retroactiva: el *après coup* o *nachträglich*, es retomada de Freud por Lacan, insistentemente, para dar cuenta del estatuto paradójico del tiempo en que se constituye el sujeto del inconsciente. En nuestros autores también aparece de manera prevalente. En Badiou la verificación de los enunciados que se refieren a una verdad genérica y que son *forzados* por un sujeto, se produce en la retroacción del futuro anterior: los múltiples que nombran los enunciados *habrán pertenecido* a la parte genérica (verdad) de la situación en el momento en que esta se complete; pero, como constitutivamente la verdad es un proceso de continuas indagaciones efectuadas al azar, en realidad la verificación queda sujeta a esta continuidad inacabada de la cual el sujeto es sólo una configuración finita.

Laclau, por su parte, también piensa la temporalidad de la constitución subjetiva de manera retroactiva, desmarcándose así de las figuras de sujeto, filosóficamente prevalentes, de la fenomenología (acción intencional reflexiva) y del estructuralismo (efecto imaginario de la ideología).

Es por eso que quisiera poner en cuestión el carácter excluyente de las alternativas que tú planteas —o bien la subjetividad como el efecto pasivo de las estructuras, o bien la subjetividad como autodeterminación. Esta alternativa permanece enteramente dentro del contexto de la concepción más tradicional de la identidad [...] Es por eso que la pregunta acerca de quién o qué hace transforma las relaciones sociales no es una pregunta pertinente. No se trata de que “alguien” o “algo” produzca un efecto de transformación o de articulación, como si la identidad productora fuera de alguna manera previa a ese efecto. Por el contrario, la producción del efecto es parte de la construcción de la identidad de agente que lo produce^{ix}

Y Žižek, repitiendo a Lacan, lo expresa así:

El análisis se concibe, así pues, como una simbolización de huellas imaginarias sin sentido [refiriéndose a las primeras obras de Lacan]; este concepto implica un carácter fundamentalmente imaginario del inconsciente: el inconsciente está hecho de ‘fijaciones imaginarias que no pudieron ser asimiladas al desarrollo simbólico’ de la historia del sujeto; en consecuencia, es “algo que se realiza en lo Simbólico [continúa Lacan] o, más exactamente, algo que, gracias al progreso simbólico que tiene lugar en el análisis, habrá sido”. La respuesta lacaniana a la pregunta ¿Desde donde retorna lo reprimido? es por lo tanto, paradójicamente: desde el futuro. Los síntomas son huellas sin sentido y su significado no se descubre excavando en la oculta profundidad del pasado, sino que se construye retroactivamente —el análisis produce verdad.^x

La temporalidad en que se constituye un sujeto requiere entonces de nominaciones anticipadas y de verificaciones retroactivas, sin fin. Este proceso abierto por el cual se constituye un sujeto exige además intervenciones concretas, efectivas, no es mera espera pasiva de un devenir —de un acontecimiento. Lo que nos señalan estos autores es la necesidad (política) de decidir sobre un fundamento esencialmente contingente que, por tanto, no garantiza las consecuencias de la decisión.

El sujeto ligado al azar del acontecimiento, del encuentro contingente, es muy distinto del sujeto “sujetado” a la necesidad estructural, ya sea de las leyes de la historia o del orden simbólico en general. Sin embargo, no se trata de algo mágico o misterioso.

Dice Badiou:

Debemos señalar que en lo que concierne a su material, el acontecimiento no es un milagro. Lo que digo es que lo que compone un acontecimiento está siempre extraído de una situación, siempre relacionado con una multiplicidad singular, con su estado, con el lenguaje con el que está conectado, etc. De hecho, como para no sucumbir a una teoría oscurantista de la creación *ex nihilo*, debemos aceptar que un acontecimiento no es sino una parte de una situación dada, nada salvo un fragmento de ser. (Badiou, 2004)

Žižek plantea incluso dar un paso más que Badiou, recurriendo a una analogía con la teoría de la relatividad a la que suele acudir a menudo:

...no existe nada, más allá del ser, que se inscriba en el orden del ser –no existe nada salvo el orden del ser-. Debe recordarse una vez más la paradoja de la teoría general de la relatividad de Einstein, en la que la materia no curva el espacio sino que es un efecto de la curvatura del espacio: un Acontecimiento no curva el espacio del ser a través de su inscripción en él; por el contrario, un acontecimiento no es nada sino esta curvatura del espacio del ser. (Žižek, 2004: 202)

Esto, dice Žižek, es “todo lo que hay”: la no auto-coincidencia, la diferencia mínima, el intersticio, etc. es decir, la “brecha de paralaje”. Lo mismo que para un observador neutral es “la ordinaria realidad”, para la mirada del participante comprometido son las inscripciones de fidelidad a un acontecimiento (Žižek, *ibid.*) El problema es que desde esta perspectiva no puede haber un “observador neutral”, por lo tanto tampoco se puede afirmar ahora desde una segunda posición neutral “que es lo mismo”. Es aquí donde Žižek falla en captar la lógica temporal del acontecimiento. No hay nada fuera del orden del ser (o estructura), el acontecimiento es su misma dislocación, la abertura, la diferencia ¡Perfecto! Pero si no hay intervención, si no se nombra e inventa efectivamente allí, sobre la falla misma del discurso, ésta no será reconocida jamás desde el punto de vista representativo de la estructura, es decir, la meta-estructura representacional (lo dado). Por eso necesitamos pensar el concepto de sujeto y de la intervención que lo constituye en las situaciones singulares donde acontece.

Por si todavía no ha sido entrevisto, los tres tópicos aquí presentados: la ontología de lo real, la representación parcial y la retroacción de la constitución subjetiva, están mutuamente entrelazados; cada uno de estos componentes reenvía al otro y lo explica en parte; y, a la inversa, resulta también explicado. Pues es la misma imposibilidad de cierre de lo simbólico –lo *real*– la que genera la necesidad de suturas parciales que, a su vez, producen un efecto de significación –y de representación– contingente que al tiempo se va reconstituyendo de manera retroactiva con nuevas intervenciones. Este esquema mutuamente anudado de los tres registros –‘que les he deslizado bajo sus pies’, como decía Lacan– lo hemos encontrado formulado, bajo distintos términos y referencias, en los tres autores trabajados. (Esta es mi humilde intervención en esta coyuntura). Cada cual con su estilo, circula e interviene en distintos ámbitos discursivos e interpela distintos sujetos y lecturas. Si bien he señalado, por ejemplo, la amplitud de la perspectiva filosófica de Badiou no considero que aporte demasiado, en este sentido, hacer comparaciones exhaustivas entre ellos, pues la efectividad de sus intervenciones teórico-prácticas está a la vista en el amplio espectro de discursos críticos que posibilitan en nuestra época^{xi}.

Bibliografía

Alain Badiou (2008) *Lógicas de los mundos*, Bordes Manantial, Buenos Aires.

- Alain Badiou (1999) *El ser y el acontecimiento*, Manantial, Buenos Aires.
Ernesto Laclau (2006) *Misticismo, retórica y política*, FCE, Buenos Aires.
Ernesto Laclau (2000) *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*, Nueva Visión, Buenos Aires.
Slavoj Žižek (2007) “Badiou: Notes From an Ongoing Debate” en *IJZS VI*, n°2.
Slavoj Žižek (2006) *Visión de paralaje*, FCE, Buenos Aires.
Slavoj Žižek (2003) *El sublime objeto de la ideología*, Siglo XXI, Buenos Aires.

ⁱ Algo que señala Žižek en “Badiou: Notes From an Ongoing Debate” en *IJZS VI*, n°2, 2007, p.1.

ⁱⁱ Alain Badiou, *Lógicas de los mundos*, Bordes Manantial, Buenos Aires, 2008, p.20.

ⁱⁱⁱ Ibid. p. 25

^{iv} Žižek, *op.cit.* p.3

^v Véase Žižek, S. *Visión de paralaje*, FCE, Buenos Aires, 2006, p.16

^{vi} Véase capítulos 31-36 de *El ser y el acontecimiento*, Buenos Aires, Manantial, 1999, p. 363.

^{vii} Ernesto Laclau, *Misticismo, retórica y política*, FCE, Buenos Aires, 2006, p. 60.

^{viii} Žižek, S., *Visión de paralaje*, FCE, Buenos Aires, 2006, p.104.

^{ix} Ernesto Laclau, *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*, Nueva Visión, Buenos Aires, 2000, p. 220.

^x Slavoj Žižek, *El sublime objeto de la ideología*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2003, p. 87. Tanto esta cita como la de Laclau fueron extraídas del excelente artículo de Matías González “Reflexiones conceptuales (post) althusserianas: ideología, sujeto y cambio histórico” en *Psikeba. Revista de Psicoanálisis y Estudios culturales*, n° 7, 2008.

^{xi} En otros artículos me he detenido a considerar lo infundado de las críticas que a veces se dirigen entre ellos mismos. Véase (en línea) “The concept of citizen in postmarxist theory. The return of the political and the issue of madness”. Publicado en *Internacional Journal of Zizek Studies*, 2008, n° 3, vol. 2, Editorial Open Humanities Press ISSN 1751- 8229 y “Alain Badiou and the ‘Platonism of the multiple’ - or on what the gesture of the re-entanglement of mathematics and philosophy implies”, publicado en *Internacional Journal of Zizek Studies*, 2008, n° 2, vol. 2 (también en español)